

La feria de los días

I

¿Es el concepto de Iberoamérica una abstracción vacía? A decir verdad, los pueblos que forman tal conglomerado presentan condiciones y problemas múltiples, no reductibles desde luego a un común denominador. Las desigualdades sociales son notorias, y no menos dispares resultan las circunstancias geográficas. Sin embargo, el sentimiento fraternal que el mexicano experimenta frente al chileno, el uruguayo, el peruano, etcétera, nada implica de artificioso. Un mismo estilo fundamental de vida nos aproxima.



II

Compartimos, por principio de cuentas, la propia tradición lingüística. Y si a esto se añaden los siglos que llevamos haciéndonos y deshaciéndonos los unos junto a los otros, y el relativo —pero indudable— paralelismo de nuestros orígenes, habremos de convenir en que nuestras semejanzas exceden, con mucho, a nuestras diferencias.

III

El parentesco que nos une a Brasil muestra, en rigor, determinadas peculiaridades al respecto. Como quiera, lo importante es que la historia se ha encargado de reforzarlo. El tiempo, el espacio, y la esencial y objetiva convergencia de intereses en el panorama mundial vigente han

hecho de nuestras veinte repúblicas una sola familia.

IV

Más al norte, fuera de la solidaridad continental subrayada en los países indolatinos por la revolución de independencia, otra república americana conoció un proceso histórico radicalmente disímil, que a menudo la sigue llevando a oponer sus metas a las nuestras. Vana sería la pretensión de ocultar el antagonismo. Pero a nada conduce el afán de encastillarnos en aquél, con amargura complaciente.

V

Los Estados Unidos no constituyen, así, a secas, el villano del cuento. Llamarlos, por otra parte, nación compleja y contradictoria dice bien poca cosa en un mundo que se mueve sin cesar entre complejidades y contradicciones. Digamos mejor que ese pueblo no se agota en las torpezas y los egoísmos de quienes urden su política internacional, ni en los abusos que una gran parte de sus mandatarios suelen cometer en perjuicio de sus vecinos. A pesar de la CIA y de MacCarthy, no obstante la trágica ceguera del goldwaterismo, pese a la naturalidad con que algunos círculos estimulan la tartufería y la factura de chivos expiatorios, los Estados Unidos de América tienen asimismo, dentro de sus amplias filas, elementos valiosos y admirables, capaces de ponderar con lúcida honestidad cuanto acontece más acá y más allá de sus fronteras. Cuantos hemos confrontado los medios intelectuales estadounidenses sabemos la riqueza y la vitalidad que encierran, y el mérito de sus genuinos representantes.

VI

Deploramos el mantenimiento de leyes, como la de inmigración —“ñapa del macartismo”, la denomina Antonio Carrillo Flores—, que coarta el comercio de la inteligencia, y de paso ofende sin necesidad a los intelectuales iberoamericanos inconformes con ciertas posturas oficiales de los Estados Unidos. Pero al mismo tiempo comprobamos el progreso que significa el afloramiento de voces como la del senador J. W.

Fulbright, dispuestas a denunciar viejas falacias y a iluminar nuevas realidades.

VII

Por lo demás, urge no convertir nuestros agravios —válidos en lo sustancial— contra la *élite del poder* estadounidense, en uno más de aquellos chivos expiatorios cuya edificación ajena condenamos. La retórica antinorteamericana sistemática tarde o temprano se vuelve un medio de absolver, imputándolos al “malo”, nuestros propios errores, flaquezas y complicidades.



VIII

La comunidad iberoamericana no promete, por desdicha, ninguna utopía cercana. Muchísimo queda por hacer, y las tareas futuras solicitan el empeño y la clara visión de todos los iberoamericanos. Los obstáculos son enormes y no pocos se antojan desproporcionados a nuestras fuerzas. Sea de ello lo que fuere nos necesitamos recíprocamente. Y precisamos un contacto cada día mayor en los varios cauces de nuestra existencia. En este punto nuestra responsabilidad es obvia, sólo de nuestra siembra dependerá la eficacia de los frutos.

—J. G. T.